

Reseña bibliográfica

María O'Donnell, *Montoneros. Una historia visual*, Buenos Aires, Planeta, 2026, 320 p.

La voluntad de narrar la historia de la agrupación político-militar Montoneros ha dado lugar a una nutrida biblioteca. El libro de la prestigiosa periodista María O'Donnell añade un volumen adicional a esos anaqueles desbordantes. La cronología de la investigación aquí comentada atraviesa la siempre polémica década de 1970. Su singularidad radica en constituir un esfuerzo de “alta divulgación”, propósito que además de materializarse en una escritura deliberadamente comunicable se refuerza con la profusa incorporación de imágenes fotográficas y referencias a la cultura popular como la música y la cinematografía. La potencia testimonial de los documentos visuales de época auxilia a sobrepasar, al menos en parte, la formidable distancia histórica que nos separa de esa Argentina solo engañosamente cercana.

La presentación del índice promete, teatralmente, “Una década en cinco actos”. El capítulo 1, “El Aramburazo” relata el “surgimiento público” de la agrupación Montoneros con el secuestro y ejecución del ex presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu en mayo de 1970. Como consecuencia de esos hechos y otros fortuitos, hasta julio de 1971 fueron muertos Fernando Abal Medina, Carlos Gustavo Ramus y José Sabino Navarro, jóvenes dirigentes montoneros cuyas caídas en acción son cruciales para el relato porque dieron paso al liderazgo de Mario Eduardo Firmenich. El capítulo 2, “La juventud maravillosa”, comprende el tramo de crecimiento o *engorde* de la Juventud Peronista desde comienzos de 1972 hasta el episodio de Ezeiza en junio de 1973 donde la izquierda y la derecha peronistas por primera vez cruzaron sus espadas. El motor principal de tal crecimiento militante, aunque no el único, fue Montoneros. El capítulo 3, “El quiebre” narra la prolongada pulseada de Montoneros, y la Juventud Peronista afin a su proyecto, con el retornado Juan Domingo Perón y otras fracciones del peronismo —esencialmente la “burocracia sindical” y la “derecha peronista”— hasta que el fallecimiento del viejo líder radicaliza los dilemas de la agrupación ya extendida como “Tendencia Revolucionaria”. El capítulo 4, “Volver al punto de partida”, reconstruye las tensiones con el gobierno de Isabel Martínez de Perón y José López Rega, el paso de “la M” a la clandestinidad en septiembre de 1974 y el dramático *in crescendo* de los enfrentamientos hasta el golpe de Estado de 1976. El capítulo 5, “Contraofensiva y final”, relata el periodo en que la dirección nacional de Montoneros sale del país y procura, a través de sucesivas transformaciones en Partido y Movimiento, situarse en la vanguardia de la lucha antidictatorial cuyo desenlace en las Contraofensivas conduce a la clausura de la experiencia montonera. En el Epílogo, “Los enigmas de Firmenich”, se recapitulan los tramos más relevantes del libro y se finaliza el texto con referencias a las actitudes del ex dirigente montonero respecto de la reconstrucción de su propia trayectoria y significación histórico-política.

Según sin mayores dificultades deja advertir el índice, la narrativa de O'Donnell es lineal y cronológica. Si esa secuencia de temporalidad aristotélica en que a un instante le sucede otro y así se compone el hilo del tiempo, es muy útil para introducir a un público no académico en un tema quizás poco conocido, la decisión comporta efectos interpretativos fundamentales. En efecto, el relato requiere, para atenerse a esa idea de la historia, identificar un protagonista eminente. En cambio, si la Historia contuviera numerosas historias con sus ritmos singulares y lazos no necesariamente secuenciales, la cronología relativa al personaje en cuestión sería solo una de las semblanzas que merecen ser contadas. ¿Cuál es ese protagonista? Sin duda lo que desde 1972 es la Conducción Nacional de Montoneros y, más precisamente, el número uno en la jerarquía de la organización político-militar, Mario Firmenich. Ninguna peripecia, como la fusión con

las perono-marxistas Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en septiembre de 1973, o las varias fracturas internas sufridas, modifican esa colocación de Firmenich.

En materia fáctica el libro está bien hecho. Su autora conoce adecuadamente el periodo pues lo ha transitado en la redacción de tres libros anteriores asociados a temas revisitados en *Montoneros: una historia visual*. El único desfallecimiento relevante (y no hay libro de historia, por escrupulosa que sea su autoría, sin algún desliz factual) es la atribución a Perón de la carta de 1967 donde lamenta la muerte de Ernesto “Che” Guevara como “uno de los nuestros, quizás el mejor” (p. 31), un escrito fraguado por jóvenes peronistas de izquierda que, ciertamente, el propio conductor exiliado no se preocupó por desmentir. Señalo esto porque si Perón podía ceder ante porfiados jóvenes como Pino Solanas y Octavio Getino en admitir la necesidad del “socialismo nacional” al testimoniar para la entrevista titulada *Actualización política y doctrinaria hacia la toma del poder*, el énfasis en lo “nacional” dejaba en claro que, en opinión del líder proscripto, para la Argentina dicho socialismo no era sino otro nombre del peronismo. Esta aclaración no obedece entonces a una exigencia de vacua erudición, sino a una idea más precisa de la tensión que siempre atravesó las conversaciones de Perón con los jóvenes revolucionarios.

Como subrayé anteriormente, Mario Firmenich posee una centralidad desmedida en todo el libro. Así, se atribuye un alcance capital a sus palabras en el acto realizado en el estadio de Atlanta a un año de la masacre del penal de Trelew, en agosto de 1973, como expresión de las convicciones de Montoneros. Eso pareciera obvio pues era el principal dirigente de la organización. ¿Pero sus enunciados sintetizaban *todo* Montoneros? Lo mismo sucede, en la reconstrucción de O'Donnell para el pase a la clandestinidad de 1974, la lucha interna con la derecha peronista hasta 1976 y la actuación en el exterior hasta 1980.

El protagonismo de Firmenich y la lucha armada como perfil esencial de Montoneros conduce a que, razonablemente, esta historia termine con el abandono de esa metodología tras el reconocimiento de lo infructuoso de lanzar una segunda Contraofensiva antidictatorial en 1980. Ese fue, sostiene O'Donnell, “el final”. Escribió: “De pronto, nada”. Se comprende lo que desea expresar la autora cuando la primera oración que sigue a ese subtítulo terminal sostiene que “Montoneros existió como organización armada a lo largo de una década” (p. 292).

Sugiero no ser tan concluyente. Pues Montoneros fue bastante más que una organización guerrillera comprensible a partir de su cúpula y sobre todo de Firmenich. Si fue *también* una idea política, si a pesar de su breve trayectoria se constituyó en una tradición – ciertamente minoritaria– dentro del movimiento peronista, si sus varias implantaciones y extendida difusión dejaron con vida a numerosas personas que desearon continuar en la política argentina después de 1980, si fue *también* un fenómeno cultural, entonces la narrativa sobre Montoneros no se hace superflua tras el abandono de las armas y el posterior derrotero de Perón, Vaca Narvaja, Galimberti y Firmenich, entre pedidos de captura, prisiones e indultos.

Deben reconocerse los momentos en que la prosa histórica de O'Donnell cede espacio a lo singular, a lo imprevisible, como cuando se dedican ventanas de una o dos páginas, generalmente ilustradas, a temas como la música, las revistas montoneras, las medidas internas moralizantes y los documentos disciplinarios de la organización, la denuncia en el extranjero de la violación de derechos humanos, entre otras, sin que conmuevan la interpretación de conjunto que sigue patrones tradicionales. Con esto quiero significar, una historia desde arriba, desde los dirigentes, secuencial y que avanza por un solo carril. O'Donnell, en efecto, menciona varios elementos que admiten extender el análisis de Montoneros y su periferia simpatizante. Fue además de la centralidad de la lucha armada, un polo de referencia cultural. En el cine, en la música, en el teatro, en el mundo de las ideas, en el periodismo, en la política misma donde intentó sin éxito electoral lanzar –

para los comicios provinciales de abril de 1975 en Misiones— un partido propio. La autora no le da entidad a las tareas encaradas en las gobernaciones afines a la Tendencia, con sus planes relativos a la salud, a la producción agraria e industrial, como tampoco a las reformas de planes de estudio y métodos de enseñanza en las universidades en las que influyeron entre 1973 y 1974 (naturalmente, esos temas complican la tesis unilateral del guerrillerismo montonero). Después de 1976, la organización político-militar procuró construirse como un Movimiento Peronista Montonero en el exilio, con sus ramas tradicionales en la cultura política peronista y otras más originales como las de Intelectuales y la Agraria. Se desarrolló un activismo antes inexistente sobre la violación de los derechos humanos y se constituyó un programa de investigaciones sobre la “financiarización” de la economía en favor de “grandes grupos económicos” que proveían cuadros técnicos a la dictadura. Además se desplegó una novedosa política de contactos internacionales, con vínculos tan disímiles como el socialista francés François Mitterrand y la Organización para la Liberación de Palestina. Se continuaron editando periódicos y se organizó una radio “continental” de noticias. Es obvio que, dicho todo esto, y más allá del juicio que le merezca al público lector la historia de Montoneros, la misma no se restringe a ser una nota al pie de las convicciones de la Conducción Nacional y mucho menos de Firmenich.

Sobre todo por el desafío de la divulgación, y como contribución a la cultura histórica nacional con propósitos cívicos, Montoneros, insisto, debe ser reincorporado a la historicidad. Esto implica hacer lo que propuso Lucas Lanusse respecto de los inicios de la agrupación al multiplicar sus orígenes más allá del “mito de los doce fundadores”, pero en todas sus trayectorias y dimensiones. ¿Por qué descartar que tales comienzos numerosos fueron un rasgo perdurable en las distintas oleadas militantes incorporadas a la organización en sus diversos momentos?

Eso implica por lo menos resituar la centralidad indudable de la Conducción Nacional y de Firmenich dentro de un escenario más abigarrado y cambiante. Es preciso establecer, naturalmente, el lugar que tuvieron el “Comandante Pepe” y las diversas configuraciones de un núcleo estable de la Conducción Nacional en el itinerario de Montoneros. Pero también se requiere otorgar un espacio a los diversos planos militantes, sean armados o “de superficie”, de *orgas* con *fierros* y de los *frentes de masas*. Reconocerle preeminencia a lo acontecido en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores hasta la salida del país de la dirigencia, en razón del tradicional centralismo porteño, *pero también* integrar lo sucedido en las diversas “regionales” de la Juventud Peronista y de los montonerismos provinciales y municipales, irreductibles a las ideas o decisiones de Perdía, Roberto “El Negro” Quieto y Juan Carlos “Canca” Gullo. Por supuesto, implica registrar la base social fundamental en la juventud de clase media universitaria, *pero también* considerar la tracción militante en franjas minoritarias pero activas de la clase obrera con la Juventud Trabajadora Peronista, en los barrios populares como los de la localidad bonaerense de Moreno o, del Movimiento Villero Peronista en las villas miseria, y en las ligas agrarias del nordeste. Por cierto que el Frente de Lisiados Peronistas estaba lejos de constituir un núcleo numeroso, aunque eso no lo hace menos revelador sobre a quienes la organización podía interpelar. Tampoco carece de interés el breve trayecto de la Agrupación Evita con la que se quiso generar un polo de activismo femenino. Y si aún se desea cargar las tintas sobre el carácter estudiantil de las procedencias montoneras, todavía queda por integrar en el retrato de conjunto las actuaciones en las universidades y los colegios secundarios, respectivamente por la Juventud Universitaria Peronista y la Unión de Estudiantes Secundarios, como algo más que semilleros de futuros guerrilleros, aunque indudablemente el horizonte decisivo de una guerra civil fuera el corolario de la conflictividad “popular y prolongada” con que se tradujo el vocabulario maoísta de una

implicación generalizada de la autotransformación del movimiento peronista, con sus históricas contradicciones de clase, en una transición al socialismo.

Para incorporar las dimensiones antes mencionadas en una imagen más matizada del fenómeno histórico sería imprescindible enriquecer la tradicional historia política e institucional protagonizada por los dirigentes preponderantes a una más compleja historia cultural y social con múltiples implantaciones, sociales, territoriales y discursivas. Eso involucraría poner la historia de Montoneros en el sendero de la nueva historiografía del peronismo que no hace depender la explicación de ese complejo movimiento de las ideas o acciones de Perón, por importante que fuera el lugar del líder. Se puede practicar creativamente una historia de las ideas con las cuales los actores se sitúan en sus épocas, mas se requiere considerar que las palabras del discurso montonero fueron también acciones, y que con distinto grado de poder, hubo múltiples emisores y cambiantes receptores. Las mismas palabras podían significar cosas diferentes para actores diversos e integrar prácticas no predecibles de antemano. Por ejemplo, en el acto de Atlanta en 1973, la multitud entonó un canto amenazador contra la vida del titular de la CGT, José Ignacio Rucci, después de que Firmenich cuestionara el Pacto Social y la docilidad del sindicalismo: “¡Rucci, traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor!”. Firmenich respondió que esa consigna resumía lo que venía de decir, lo que era manifiestamente falso.

Al incorporar una mirada histórica actualizada, sobre todo, se habilita una percepción más sensible a las grandes fracturas que la historia de la agrupación revela: por caso, el retorno de Perón y la inminencia de un proceso electoral impuso a los jóvenes guerrilleros de 1970 un desafío fundamental al demandarles la asunción de un lugar en la inminente pero incierta transición democrática. Recordemos que amplios sectores militares, políticos y sociales no se resignaban al regreso de Perón, aún si contenía a la juventud militante. Suele decirse que al resistirse a abandonar las armas, incluso sin realizar acciones armadas durante el gobierno de Cámpora, Montoneros conspiró contra la reciente estabilidad institucional. Es una afirmación debatible si recordamos que la memoria generacional reciente les decía que el “gobierno popular” había sido destituido violentamente en 1955 por renunciar al combate. ¿No debía un nuevo gobierno de la misma naturaleza, de acuerdo a los convencimientos en que esos jóvenes se habían formado, disponer de una capacidad de lucha vista la experiencia previa? En cualquier caso, Montoneros tuvo que aprender a realizar tareas antes impensadas, desde militar públicamente candidaturas hasta asumir cargos estatales, inexistentes en su imaginario político del momento formativo donde la única acción válida era la insurreccional. La mera decisión de colaborar con el Ejército y la policía para la asistencia a inundados en la provincia de Buenos Aires (el tan discutido Operativo Dorrego) y en el norte del país, tampoco figuraba en su repertorio militante. Reducir la historia de la organización a un conjunto de ideas ya dado desde el principio y vigente hasta el final es el mejor camino para deshistorizar el fenómeno.

¿Qué lograríamos con regresar el itinerario de Montoneros a la historia? Hacer de Montoneros un tema observable desde distintos miradores habilitaría reconocer su complejidad y dar curso a la certeza de que los diferentes actores que participaron de su historia fueron tan relevantes como Firmenich y Carolina Natalia, según el nombre en clave de la Conducción Nacional. Se comprendería entonces por qué tantas personas descubrieron allí un lugar para estar en el mundo, de “hacer la revolución” como manera de entender la política, por qué otras empezaron a dudar de esas creencias cuando se verbalizó que el proyecto montonero no era el de Perón, qué las condujo a pasar a la clandestinidad arriesgando sus vidas y probablemente también las de sus familiares y amigos, qué indujo en otros a abandonar la militancia, a ser “montoneros silvestres” sin

inserción organizativa, o incluso –más raramente, es verdad– a colaborar con la represión de sus ex compañeros. Eso estaría lejos de desligar a la Conducción de sus responsabilidades históricas o de sus cegueras estratégicas. Dibujaría un escenario menos maniqueo y simplista para restituir una historicidad aún más inquietante pero, para sus actores, no siempre desprovista de esperanzas y apuestas tanto vitales como políticas.

Así se comprendería que lo conocido *a posteriori* sobre qué iba a suceder (que desde el futuro nosotros sabemos más por venir después que a causa de nuestra lucidez política), no necesariamente *debía haber ocurrido*. También es parte de la tarea de los historiadores, además de reconstruir con fidelidad los hechos, reponer los múltiples futuros que se conjugaron en cada presente, futuros esenciales para entender la acción de los protagonistas. Sería entonces entendible algo a primera vista sorprendente: todas las disidencias importantes, desde la de los tempranos “Sabinos” de 1972 hasta la del nucleamiento “17 de Octubre” de abril de 1980, pasando por las de la Lealtad de fines de 1973 y la de Galimberti y Gelman de 1979, así como las discusiones avanzadas por Rodolfo Walsh tras el golpe del ‘76, se hicieron *en nombre del proyecto de Montoneros*. Los errores de cálculo militar y de orientación táctica o arrogancia intelectual de la Conducción Nacional fueron concebidos como *desviaciones* y no como fracasos exigentes de un cambio de estrategia ni de deserción de la identidad política. La escisión de Gelman y Galimberti se autodenominó Peronismo Montonero *Auténtico*. ¿Es que no comprendieron que el militarismo ideológico de la Conducción Nacional era el de todo Montoneros como proyecto histórico? Pienso que, sin por eso asignar absoluta clarividencia a los actores históricos (quienes por otra parte no pensaban unánimemente lo mismo), veían en Montoneros prolongado como Tendencia Revolucionaria del Peronismo mucho más que una *orga* guerrillera minoritaria. Y en ese sentido, para los protagonistas su futuro no estaba irremediabilmente condenado.

La reducción de Montoneros a una idea antipolítica de la violencia cuyo destino era la derrota, necesariamente debía concluir con su agotamiento bélico. Eso ya estaba definido antes del golpe de Estado del ‘76, como lo decían documentos internos de las Fuerzas Armadas en diciembre del año precedente. Pero obstinada en su idea, la Conducción Nacional procuró preservar y aún radicalizar la militarización, crear un Ejército Montonero junto al Partido, con sus grados, uniformes e insignias. Alejado de la realidad, fermentado en el caldo de sus certezas inmunes a cualquier desmentida, lanzó las Contraofensivas que liquidaron el derrotero de la agrupación. No puede negarse la lógica del argumento. Pero el mismo se sostiene menos si Montoneros, como vengo argumentando, fue más que una guerrilla y un apéndice de su conducción. Pero la prueba de fuego para esa tesis es que haya “historia montonera” una vez abandonadas las armas. Y en efecto, las trayectorias asociadas con Montoneros sobrevivieron a 1980. La tajante expresión de O’Donnell sobre los sucesos iniciales de ese año, “De pronto, nada”, requiere una revisión.

¿Qué aconteció con *los montoneros después de Montoneros* en tanto guerrilla urbana? En el Epílogo dedicado casi enteramente a Firmenich, la autora menciona al pasar, en relación con los indultos menemistas de 1990, que Montoneros “por entonces se llamaba Peronismo Revolucionario” (p. 302). Pero si los Montoneros habían cesado de ser actores políticos no se explica bien por qué todavía en mayo de 1983 algunos activistas como Osvaldo Cambiasso, Eduardo Pereyra Rossi y Raúl Yäger eran asesinados por *patotas* de la dictadura (p. 300). ¿Fueron revanchas por deudas impagas del pasado reciente? ¿Fue un ajuste de cuentas con viejos conocidos o una agresión a actores políticos vigentes? En verdad, retomando el término acuñado por el historiador Ernesto Roland sobre el “peronismo de extracción montonera” para referir a las distintas proyecciones posteriores en el seno del peronismo de quienes hallaban en la experiencia montonera setentista un

punto de referencia, Montoneros desarmado continuó actuando en Intransigencia y Movilización Peronista. Asociado al catamarqueño Vicente L. Saadi, del peronismo tradicional, con el IMP buscó hegemonizar un peronismo que juzgaba desprovisto de líderes reconocidos. Fracasado ese armado, desde 1985 procuró insertarse sin mayor éxito en la política interna del Partido Justicialista y en el movimiento sindical con el nombre de Peronismo Revolucionario. Se dividió luego ante las políticas de Menem, que al principio apoyó, hasta que la vieja Conducción Nacional se desarticuló a principios de los años '90. Sin embargo, ese peronismo de extracción montonera continuó proveyendo cuadros políticos a las diversas líneas del peronismo hasta llegar al kirchnerismo. No estuvieron ausentes en la génesis de activismos ajenos al PJ como los de la agrupación Quebracho, en parte de los comienzos de movimientos sociales asociados con los "piqueteros", y aún más tarde en el Movimiento Evita. Solo si se reduce la historia de Montoneros a la lucha armada su periplo concluye en 1980. Con una concepción menos reductiva, los trayectos son más prolongados y llegan hasta nuestros días.

En su prólogo al libro, el periodista Ernesto Tenembaum celebra, como corresponde al género prologal, la tarea de su colega. Al finalizar su breve texto sugiere que luego de su libro sobre los setenta posiblemente su autora regrese al presente. Estoy persuadido de que en su libro O'Donnell nunca logró distanciarse de su actualidad para, en cambio, juzgar el pasado setentista desde una Argentina todavía en su larguísima e inconclusa transición democrática. Así cierra la autora su obra al mencionar, con relación al gobierno Milei, que "el discurso oficial nunca antes se había ubicado tan cerca del negacionismo que utiliza a las guerrillas para justificar, igual que entonces [es decir, 1976. OA], al terrorismo de Estado que sobrevino" (p. 305). Y es que, en efecto, las dicotomías entre la guerrilla revolucionaria que no entendió la democracia de 1973 y el terrorismo estatal anticipado por la ultraderecha peronista y radicalizado por los militares desde marzo de 1976 gobiernan la estructura del volumen.

Montoneros: una historia visual es un buen libro de divulgación. María O'Donnell confirma una vez más sus dotes como investigadora en clave periodística. Creo que la carga de la prueba se invierte respecto de las monografías académicas sobre el tema estudiado, muchas de las cuales la autora cita. En efecto, los logros, pero también las limitaciones de esta breve historia ilustrada, deberían estimular en la investigación universitaria la producción de nuevas síntesis donde se recuperen las indagaciones acumuladas durante las últimas décadas sin que la utilidad del viejo libro de Richard Gillespie, de 1987, haya sido superada. Es el turno de las y los historiadoras profesionales para proponer una narrativa de la historiografía revisada sobre Montoneros cuya vara en la alta divulgación el ensayo de María O'Donnell elevó.

Omar Acha
Universidad de Buenos Aires/CONICET